

Llamados al amor: La teología del amor humano de Juan Pablo II

Katrina F. Ten Eyck y Michelle K. Borrás

SERVICIO DE INFORMACIÓN CATÓLICA



EDITORA GENERAL

Michelle K. Borrás, Ph.D.

Servicio de Información Católica

EDITOR DEL MANUSCRITO

Andrew Matt &

Alton Pelowski

Derechos de Autor © 2014-2019 Caballeros de Colón. Todos los derechos reservados.

Las obras citadas son derechos de sus respectivos autores.

Las citas de las Escrituras están adaptadas de la versión en inglés Revised Standard Version, Catholic Edition (San Francisco: Ignatius, 1994).

Las citas de las Escrituras en español provienen de Biblia Clerus, de la Congregación para el Clero, Santa Sede, El Vaticano, en clerus.org.

NIHIL OBSTAT

Susan M. Timoney, S.T.D.

Censor Deputatus

IMPRIMATUR

Cardenal Donald Wuerl

Arzobispo de Washington

Arquidiócesis de Washington

21 de julio de 2014

El *Nihil Obstat* y el *Imprimatur* son declaraciones oficiales de que un libro o folleto están exentos de errores doctrinales o morales. No implica de forma alguna que quienes otorgaron el *Nihil Obstat* y el *Imprimatur* estén de acuerdo con el contenido, las opiniones o las declaraciones que aquí se expresan.

IMAGEN DE LA PORTADA

San Joaquín y Santa Ana, padres de María.

De la capilla de la Universidad del Sagrado Corazón, Fairfield, Connecticut.

El mosaico fue realizado por el Padre Marko Ivan Rupnik, SJ, y los artistas del Centro Aletti en 2008. Imagen cortesía del Centro Aletti.

NOTA AL LECTOR: Las siguientes reflexiones sobre la teología del amor humano de San Juan Pablo II, o la “teología del cuerpo”, deben mucho al libro *Called to Love: Approaching John Paul II's Theology of the Body*, (Llamados al amor. La teología del cuerpo en Juan Pablo II) de Carl Anderson y José Granados (Ed. Monte Carmelo, 2011). Quien desee una introducción más profunda acerca de la innovadora enseñanza sobre el matrimonio, la familia y la sexualidad en el contexto de la vocación de amar de la persona humana, está invitado a consultar el texto.

**Llamados al amor:
La teología del amor humano de
Juan Pablo II**

Katrina F. Ten Eyck y
Michelle K. Borrás

Índice

El plan de Dios para el amor humano

- 1 Educando a un párroco
- 3 “Al principio...”
- 5 La Creación: un don
- 7 El cuerpo revela a la persona
- 9 Soledad originaria
- 10 Unidad originaria
- 13 El significado nupcial del cuerpo
- 15 El significado generador del cuerpo

Caída y redención

- 19 Un rechazo del amor
- 21 La vergüenza
- 25 La vida en la perspectiva de la redención
- 27 Cristo cumple el significado del cuerpo
- 30 “Bienaventurados los limpios de corazón”:
La vida en el Espíritu

Llamados al amor

- 35 “Una entrega sincera de sí mismo”
- 37 El matrimonio y la virginidad
- 40 ¡Vayan y vívanlo!
- 44 Fuentes
- 47 Acerca de los autores



“Y Dios creó al hombre a su imagen; lo creó a imagen de Dios, los creó hombre y mujer. Y los bendijo...” (Génesis 1, 27-28)

Adán y Eva en el Paraíso, vestidos de gloria. De la iglesia de Santa María Madre de la Iglesia, Maribor-Pobrežje, Eslovenia. Imagen cortesía del Centro Aletti.

El plan de Dios para el amor humano

Educando a un párroco

Antes de convertirse en el Papa Juan Pablo II, el Padre y después Obispo Karol Wojtyła realizaba a menudo largas excursiones o practicaba kayak con sus numerosos amigos jóvenes adultos. En estas excursiones, los escuchaba hablar acerca de su deseo de vivir sus relaciones de una forma que les dieran una felicidad duradera. Compartían con él sus esperanzas, temores, dificultades y descubrimientos del amor. Muchos de estos hombres y mujeres jóvenes se comprometieron, y Wojtyła celebró su matrimonio y bautizó a sus hijos, los acompañó durante los retos y las alegrías de la vida de familia. En ellos observó de cerca lo que expresaría en su obra, *El taller del orfebre*: “Crear algo que refleje la Existencia absoluta y el Amor es la más hermosa de las tareas”.¹

Cuando el Cardenal Wojtyła se convirtió en Papa dijo que estos jóvenes le enseñaron una de las lecciones más importantes de su vida: “Aprendí a amar el amor humano”.² Después, cuando comenzó su pontificado con cinco años de intensa reflexión sobre el matrimonio, la familia y la sexualidad en el contexto de la vocación de amar de la

persona humana, su “educación” – y estos jóvenes – se convirtieron en parte del patrimonio de la Iglesia universal.

En el ciclo de 129 catequesis semanales de Juan Pablo II sobre el amor humano, conocido comúnmente como la “teología del cuerpo”, el mundo recibió los abundantes frutos de vidas como la de Jerzy Ciesielski, uno de los jóvenes amigos del Padre Wojtyła. Ciesielski no solo enseñó al párroco cómo navegar en kayak y compartió con él su inmensa *joie de vivre*, sino que le mostró la belleza y la seriedad con la que un cristiano puede plantearse la decisión de casarse. Después de que Ciesielski muriera repentinamente en 1970, el Obispo Wojtyła recordó la noche en que Ciesielski decidió proponer matrimonio a su futura esposa: “Nunca olvidaré esa noche en la que volví de Tyniec, donde en oración... se preparó para la gran decisión de su vida... Desde ese día supo y estuvo plenamente convencido... de que fue Dios quien se la dio”.³

De estas observaciones de primera mano, Juan Pablo II creció en el entendimiento de que las enseñanzas de la Iglesia acerca del matrimonio, la sexualidad y la vocación de amar no son solo una serie de “deberes” y “prohibiciones”. Sin duda estas reglas existen, pero fuera de contexto no tienen sentido: Tienen sus raíces en un entendimiento mucho mayor y más bello de lo que significa la vida y de lo que es la persona humana en el plan de Dios. Este mayor entendimiento es lo que dio a Ciesielski su contagiosa alegría y su seriedad cuando decidió casarse. Es similar a lo que permitió al Padre Wojtyła no sólo encontrar las enseñanzas de la Iglesia sobre el matrimonio y la sexualidad

intelectualmente convincentes, sino *enamorarse* del amor humano.

“Al principio...”

En los Evangelios, la forma en que los fariseos se acercan a Jesús es muy similar a la forma en que muchos de nuestros contemporáneos se acercan al Cristianismo. Le preguntaron a Jesús lo que pensaban que era una pregunta estrictamente moral: “¿Es lícito al hombre divorciarse de su mujer por cualquier motivo?” (Mateo 19, 3). En la tradición legal judía de esa época, esto significaba: ¿sólo por una razón seria o por cualquier razón? Aunque esta pregunta hoy no ha perdido importancia, para otros también equivale a: “¿Está permitido tener relaciones sexuales entre personas del mismo sexo, alterar la estructura de la familia, buscar la fertilización in vitro, o divorciarse y casarse nuevamente? ¿Sí, o no?”.

Es posible que los fariseos no se dieran cuenta, pero su pregunta es demasiado pequeña. Ocultas en ella – al igual que nuestras preguntas más contemporáneas – se encuentran preguntas mucho mayores acerca de la naturaleza de la persona humana y del significado del amor. Así, en lugar de responder en términos de lo que está o no permitido, Jesús dice algo que podría parecer extraño a los fariseos, o a nosotros: “Al principio no era así” (Mateo 19, 8). Coloca a los fariseos ante el hecho más original y esencial acerca de la humanidad: “Dios creó al hombre a su imagen; lo creó a imagen de Dios, los creó hombre y mujer” (Génesis 1, 27). Toda la verdad acerca del amor comienza con estas palabras.

Ante las numerosas cuestiones contemporáneas acerca de la moralidad sexual, Juan Pablo II recordó esta respuesta de Jesús. En otras palabras, el Papa también comenzó su enseñanza sobre el amor humano no con las “preguntas controvertidas” de la sociedad, sino con algo mucho más profundo, algo que dio a sus jóvenes amigos polacos una razón para vivir y que él, como Papa, tuvo que articular para toda la Iglesia y el mundo. Volviendo al desafío de Cristo para los fariseos, Juan Pablo II dirigió nuestra atención a la creación del hombre y de la mujer, así como al plan de Dios para el amor humano.

Cuando Juan Pablo II comenzó su teología del amor humano con una investigación de los capítulos 1 y 2 del Génesis, así como Jesús remitió a los fariseos al plan divino original, su intención no era hacer una narración científica de la creación. El Libro del Génesis emplea un lenguaje figurativo para expresar verdades profundas acerca de Dios, el mundo que creó y lo que significa ser un ser humano.⁴

Cristo, quien “sabe qué hay en el hombre”, comprendió que no podemos contestar ninguna pregunta moral, ni incluso plantearla debidamente, mientras no vayamos un paso más allá y contemplemos esta verdad acerca de la creación. La respuesta respecto a lo que podemos o no podemos hacer permanecerá incomprensible hasta que preguntemos ¿para ser *quién*, fueron creados el hombre y la mujer? Siguiendo a su Señor, Juan Pablo II nos reta también a llegar al nivel más profundo: Ponderando la Palabra de Dios, no debemos limitarnos a pedir una lista de “los deberes” y “las prohibiciones”. Primero, debemos tratar de comprender lo que significa ser humano.

Sólo si emprendemos este camino de reflexión y entendimiento, la visión de Cristo de la persona humana y del mundo puede transformar nuestra propia visión. Comenzando con las ricas enseñanzas de Juan Pablo II sobre el amor humano podemos emprender este camino de conversión. Podemos comenzar a comprender quiénes somos y qué es el amor y de este modo llegar a ver el mundo como realmente es.

La Creación: un don

Juan Pablo II señaló que lo primero que nos revela el Génesis 1 y 2 acerca de Dios es que Él es el Creador.⁵ Pero, ¿qué significa esto realmente? ¿Decidió Dios divertirse uniendo elementos como partes mecánicas, sin dedicarle lo más íntimo de su ser? ¿Hizo las cosas sin una razón específica y después olvidó el trabajo de sus manos? O bien, ¿existe algo más en la narración de la creación de la Biblia donde podamos vislumbrar la naturaleza de Dios?

El Papa nos brinda una respuesta decisiva. Contempla el acto de la creación en el que al principio no había *nada* que existiera más que Dios. Entonces, en un acto de generosidad incomprensible, único – “*¡Que se haga...!*” (cf. Génesis 1, 3) – hubo un cosmos cuya belleza y poder eran una especie de huella del Creador. Creación “significa *donación*”, el Papa escribió, “una donación fundamental y ‘radical’... una donación en la que el don surge precisamente de la nada”.⁶

Todos los demás tipos de donación requieren que un donador y un receptor estén ya presentes. Pero la creación no es una donación ordinaria: Al crear el universo junto con

el hombre y la mujer, Dios da a los receptores su verdadera existencia. Adán y Eva – quienes en el Génesis representan al primer hombre y a la primera mujer así como a todos los hombres y mujeres – son en sí un don. La fuente de su ser se encuentra en la generosidad de Dios, en su deseo de comunicar su bondad. Viven “en la dimensión del don”.⁷

Ciertamente el universo entero es un don, pero un don que sólo se vuelve comprensible cuando Adán – es decir, la persona humana – nace, creado a imagen y semejanza de Dios. Esta criatura, a diferencia de las demás, puede maravillarse ante el universo y repetir el juicio de su Creador: “Era muy bueno” (Génesis 1, 31). Adán es capaz no sólo de recibir el don de la creación, sino de permitir que su riqueza y belleza provoquen en él una pregunta: “¿De dónde proviene toda esta bondad?”.

Un poco como los niños que descubren el mundo por primera vez, Adán puede preguntar, “¿Por qué?” – o mejor aún, “¿Quién?”. ¿Qué significa este don y cuál es su fuente? Puede descubrir que “el mundo es misterioso, no porque le falte sentido”, sino porque contiene tanto significado que nunca lo agotará.⁸ En otras palabras, Adán puede *maravillarse*. La “huella de Dios” en la creación significa que este mundo siempre es más grande, más profundo y más hermoso que el entendimiento humano. Llama al hombre, lo motiva a buscar el origen de toda esta abundancia.

Juan Pablo además observó: “El hombre aparece en la creación como el que ha recibido como don el mundo, y viceversa, puede decirse también que el mundo ha recibido como don al hombre”.⁹ Porque el mundo le aparece a Adán

como un don misterioso, “saturado con significado”,¹⁰ lo ama – y al amarlo y servirlo se convierte en un don para el mundo.

El cuerpo revela a la persona

Cuando Dios le dio existencia a Adán y lo colocó en un mundo desbordante de significado, también le dio un “modo” particular de recibir este don inmensamente generoso de la creación. De manera alternativa, podríamos decir que se dio una “dimensión particular” a la persona humana que le permite recibir el mundo como don y ser un don para el mundo. La dimensión de la existencia humana es el *cuerpo*.

Esta forma de hablar acerca del cuerpo puede sorprendernos. Vivimos en una sociedad que a menudo reduce el cuerpo a sus funciones biológicas, o piensa en él como una complicada máquina cuyas disfunciones sólo requieren la medicina, el programa de ejercicio, la dieta o el libro de autoayuda adecuados para remediarlas. Desde hace mucho tiempo la sociedad occidental ha tendido a ver el cuerpo nada más que como un objeto material que habitamos de casualidad y que podemos usar para lo que nos plazca.

Si reflexionamos durante un momento, no es difícil ver cómo dicho punto de vista contradice la experiencia humana básica. Mi cuerpo no puede ser simplemente una herramienta que uso, o una máquina que es inseparable de mí, porque *soy* mi cuerpo de una forma en que nunca “soy” una herramienta ni una máquina. Cuando mi cuerpo sufre, yo sufro. Cuando tiene hambre o sed, yo tengo hambre y sed.

Cuando mis labios esbozan una sonrisa o mis manos se extienden para abrazar, yo sonrío y abrazo, y otros comprenden lo que “digo” incluso si no he pronunciado una palabra.

En estos ejemplos comenzamos a comprender un punto clave en la “teología del cuerpo” de Juan Pablo II. Porque tiene un cuerpo, Adán es como los demás animales. No obstante, porque tiene un cuerpo *humano*, también es totalmente diferente de ellos: Este cuerpo es algo único en el mundo. Juan Pablo II explicó que el cuerpo humano “expresa la persona”.¹¹ Muestra al hombre, creado a imagen y semejanza de Dios.

Gracias a su cuerpo Adán puede maravillarse ante la riqueza del universo y cultivar la tierra que le ha sido confiada, poniendo de manifiesto su persona a través del trabajo creativo. Puede reconocer otro cuerpo que “expresa la persona” recibiendo a esa persona con un grito de alegría ante la bondad de Dios: “¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!” (Génesis 2, 23). Puede amar, entrar en comunión con otra persona. Sobre todo, puede “pasar a la hora que sopla la brisa” con Dios (cf. Génesis 3, 8): Puede ser el único animal en la creación que ora.

El cuerpo nos sumerge en el mundo de forma particular (es decir, en ese lugar, con esas características físicas, con esos familiares, quizás con esa discapacidad), pero dicha inmersión no es una cruel imposición. Por el contrario, es la forma que se nos otorgó para recibir al mundo y a otros como don de Dios para nosotros y para servirlo como el don que Dios hizo de nosotros al mundo. Nuestro cuerpo nos permite encontrarnos y comunicarnos con el mundo, con otras

personas, y con Dios. En otras palabras, hace posible la comunicación para nosotros, el don de entregar y recibir. La dimensión corporal de la existencia humana hace visible el hecho de que fuimos hechos para el amor.

Soledad originaria

En Génesis 2, Adán es creado antes que Eva y se le describe solo entre los animales. Aunque es corporal como ellos, a pesar de todo no encuentra compañerismo en ellos, porque su cuerpo, a diferencia del de ellos, revela una *persona*, un sujeto. Puede pensar, imaginar y preguntar el significado de las cosas: Tiene razón. Es libre de elegir lo que es bueno: tiene una voluntad.

El mundo físico que descubre a través de su cuerpo le “habla”, pero también lo impulsa a buscar el significado. Adán está inquieto, porque descubre algo como un llamado inscrito en su existencia corporal.

Dios, quien meditó antes de crear a esa criatura – “Hagamos al hombre a nuestra imagen...” – lo hizo diferente de las aves, los peces, los reptiles y el ganado (cf. Génesis 1, 20-26). El cuerpo de Adán no sólo lo orienta hacia las plantas, animales y cosas de la creación a las que da nombre; lo orienta a escuchar la palabra de Dios (cf. Génesis 2, 16) y a hablar. En otras palabras, esta criatura, cuyo cuerpo manifiesta razón y voluntad, está orientada hacia el diálogo, hacia la *comunión*.

La primera comunión que Adán establece cuando surge a la existencia es la comunión con Dios. Juan Pablo II enseñó que Adán sólo está “constituido a medida del ‘compañero del

Absoluto”¹². El hombre no puede encontrar una compañía verdadera en los animales porque fue hecho para el diálogo con Alguien más. Cuando las Escrituras nos dicen que el hombre es creado a imagen de Dios, significa sobre todo que es creado en una “relación única, exclusiva e irrepetible con Dios mismo”.¹³ Esta es la dimensión fundamental – y fundamentalmente positiva – de la persona humana que Juan Pablo II llamó “soledad originaria”.¹⁴

La “soledad originaria” no significa primero que Adán fuera creado en el jardín sin Eva, como si el Creador lo colocara infeliz y solitario en el Paraíso. Por el contrario, su principal significado es que Adán es creado con un llamado a la comunión sembrado profundamente dentro de él: Es creado para la suprema felicidad de la comunión con Dios. San Agustín expresó esta verdad básica acerca de la existencia humana en una famosa oración: “Nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que repose en ti”.¹⁵

La llegada de Eva no eliminará esta dimensión de soledad originaria. La soledad de todo hombre y mujer ante Dios es precisamente lo que los hace personas, creadas por amor y llamadas a amar.¹⁶ Es lo que les permite recibir la creación como un don y convertirse a su vez en un don. La soledad originaria se encuentra en el centro de la dignidad humana.

Unidad originaria

En Génesis 2, Dios dice, “No conviene que el hombre esté solo” (2, 18). Una vez más, esto no significa que la soledad originaria sea una experiencia negativa que hiciera infeliz a

Adán. Por el contrario, indica que, sin Eva, Adán no puede comprenderse plenamente a sí mismo ni comprender su relación fundamental con Dios.

La experiencia del mundo de Adán a través de su cuerpo le muestra que el mundo es un don. Sin embargo, no logra captar la profundidad y amplitud de este don hasta que alguien puede ayudarlo a descubrir que el Donador no es simplemente bueno o todopoderoso, porque la huella que Dios deja en la creación es el *amor*. Este descubrimiento está oculto en la alegre exclamación de Adán, que de alguna forma se repite cada vez que un hombre y una mujer se enamoran: “¡Esta sí que es...!”, grita. ¡Esta sí que es otra persona, creada del amor y llamada a amar! Está íntimamente relacionada conmigo – “hueso de mis huesos” – compartiendo la misma humanidad. Y es fundamentalmente diferente de mí, en una diferencia que es esencial para la experiencia de la unidad. “Se llamará *mujer*” (Génesis 2, 23). En su presencia, Adán comienza a comprender el llamado a la comunión escrito en su ser.

En otras palabras, en presencia de Eva finalmente Adán comprende que es un hombre (en el sentido de masculinidad y no solo de “ser humano” genérico). Su cuerpo porta un llamado a un don amoroso de sí mismo mediante el cual entra en una comunión fecunda y fiel de personas. Juan Pablo II explicó que este don mutuo de sí mismo se basa en “la masculinidad y en la feminidad, casi como en dos ‘encarnaciones’ diferentes... esto es... en dos modos de ‘ser cuerpo’ del mismo ser humano, creado ‘a imagen de Dios’”.¹⁷ La comunión mediante diferencia, en la que el hombre y la mujer son la imagen de Dios no sólo individualmente, sino

juntos, es la dimensión de la persona humana que Juan Pablo II llamó “unidad originaria”.¹⁸ Esta unidad complementa, pero no elimina, la soledad originaria de la persona humana.

El Génesis describe la experiencia subjetiva de la unidad de Adán y Eva con estas palabras: “Los dos, el hombre y la mujer, estaban desnudos, pero no sentían vergüenza” (Génesis 2, 25). Esta falta de vergüenza no equivale en absoluto a la “desvergüenza”. Es una experiencia de plenitud que los seres humanos perdieron cuando rechazaron el amor de Dios mediante el pecado. Juan Pablo II la llamó “inocencia originaria” plena.¹⁹ Dicha inocencia no es ingenuidad, sino más bien una forma de ver a la otra persona completa y naturalmente con la visión de Dios, sin la menor intención de manipularla o usarla. Adán vio en Eva a un ser creado para ella misma, una hija de Dios, una compañera del Absoluto y por lo tanto a una verdadera compañera suya. Y ella lo vio del mismo modo.²⁰

Descubrieron que sus cuerpos, masculino y femenino, marcaban una vía para amar: El cuerpo humano está llamado a vivir “según la *communio personarum* [comunidad de personas] querida por el Creador precisamente para ellos”.²¹ Y si el Creador sembró este llamado a la entrega y la comunión en la profundidad de su ser como dimensión esencial de su semejanza con Él, entonces, ¿qué debe ser Dios mismo? Juan Pablo II escribió que, debido a que el cuerpo es “testigo de la creación como de un don fundamental”, es también “testigo del Amor como fuente de la que nació ese mismo don”.²²

Ciertamente, el Creador es más que bueno y todopoderoso. El *Catecismo de la Iglesia Católica* enseña:

“Dios que ha creado al hombre por amor, lo ha llamado también al amor, vocación fundamental e innata de todo ser humano. Porque el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, que es Amor” (1604).

El significado nupcial del cuerpo

El primer hombre y la primera mujer llevan en todo su ser – incluso en su cuerpo – un llamado a acogerse mutuamente y a entregarse mutuamente en una comunión que implica toda dimensión de su persona: física, emocional y espiritual. Incluso implica tiempo: toda su vida. El Génesis lo describe de manera muy concisa: “Por eso el hombre deja a su padre y a su madre y se une a su mujer, y los dos llegan a ser una sola carne” (Génesis 2, 24).

Los cuerpos masculino y femenino de Adán y Eva están naturalmente diseñados para acogerse mutuamente, convirtiéndose en un don mutuo y participando en la fecundidad mutua. Adán acoge a Eva y la acoge como ella ha sido creada en su feminidad; al hacerlo, él se vuelve un don para ella. Asimismo, al ser acogida por Adán, Eva “lo acoge del mismo modo, tal como el Creador lo ha querido ‘por sí mismo’, y lo ha constituido mediante su masculinidad”.²³ Descubren que sus cuerpos tienen un significado nupcial o sponsalicio. Es decir, sus cuerpos los orientan a un don completo de sí mismos que es fecundo y de fidelidad permanente.

Este significado nupcial del cuerpo no es una especie de compulsión o instinto ciego; no hay don sin libertad. Y sin embargo la libertad que esto implica tampoco es una

elección arbitraria, como si Adán y Eva hubieran podido inventar algún significado alternativo de su cuerpo o un llamado a algo más que una comunión fecunda y fiel de personas. Por el contrario, en presencia uno de otro, el hombre y la mujer descubren el orden de la creación: El universo completo – incluyendo a ellos mismos – es un don puro. También podríamos decir simplemente que este orden, que los rodea y los permea, es el amor.

El hombre y la mujer son invitados a vivir en este orden acogiéndose libremente uno a otro y entregándose. De este modo se cumple su *ser*, su más profunda naturaleza. Juntos descubren una verdad que el Concilio Vaticano Segundo articularía nuevamente para nuestra época: “El hombre no puede encontrar plenitud si no en la ‘entrega sincera de sí mismo a los demás’”.²⁴

Juan Pablo II escribió que el primer hombre y la primera mujer “surgieron del amor y dieron comienzo al amor”; la persona humana está “arraigada al amor”.²⁵ En otras palabras, el significado nupcial del cuerpo es fundamental para la existencia humana. Es así incluso para aquellos que no contraen matrimonio, como las personas llamadas a seguir al Señor en una vida de virginidad consagrada. En un sentido muy básico, la persona humana es llamada a amar y lo desea, es decir, desea entregarse a sí misma, existir en comunión. Ningún ser humano puede darle sentido a su existencia o a la verdadera experiencia fuera de la comunión.

En una hermosa paradoja, la mutua comunión de Adán y Eva no elimina la soledad originaria; por el contrario, profundiza esta comunión originaria con Dios. El primer hombre y la primera mujer descubren que la respuesta más

adecuada que pueden dar a la suprema generosidad del Creador es *ser para otro*, ser un don: entregarse totalmente, en cuerpo, alma y espíritu, para siempre. Son compañeros del Absoluto y Dios mismo los entregó el uno al otro como camino hacia Él. Para ser fieles a Él, a ellos mismos y al don de la creación, su amor debe ser total y completo.

Emprendiendo juntos el camino de la entrega mutua intuyen una vez más y de forma más profunda lo que significa que la Fuente del universo no sólo sea buena o todopoderosa, sino Amor. En el llamado al amor escrito en sus cuerpos, el hombre y la mujer vislumbran por primera vez que en el origen de todas las cosas se encuentra el Dios que dijo, “*Hagamos al hombre a nuestra imagen*” (Génesis 1, 26). Dios mismo es Unidad en Diferencia insuperable, una inconmensurable comunión de Amor.

El significado generador del cuerpo

Hemos visto cómo la soledad originaria, en la que todo ser humano es creado en relación con el Creador, es el fundamento permanente para la unidad originaria, en la que el hombre y la mujer juntos son la imagen de Dios. En cierta forma es como decir que ser hijo de Dios – surgir a la existencia ya en comunión con Él – es el fundamento permanente de hacer un don de sí mismo. ¿Cómo podríamos dar si primero no hubiéramos recibido el don de la existencia? ¿Cómo podríamos aprender a amar si no hubiéramos sido amados primero (cf. 1 Juan 4, 19)?

Entonces, la soledad originaria y la unidad originaria son dos dimensiones de la misma realidad. Significan existir

“en la dimensión del don” aunque esto signifique el don que recibimos primero o el don en el que somos llamados a convertirnos.

La soledad originaria – es decir, la comunión primordial del hombre y la mujer con Dios – y la unidad originaria – es decir, su comunión mutua ante Dios – se profundizan en otra experiencia humana fundamental. Cuando los esposos se convierten en “una carne” (Génesis 2, 24), reciben la prueba visible de que su amor es más grande que ellos dos. Es fértil más allá de cualquier obra que puedan hacer o producir: Se convierten en padres.

Juan Pablo II comentó que la expresión bíblica de la unión conyugal, “conocer” resulta evocadora. En este encuentro entre dos seres humanos, el hombre y la mujer de hecho adquieren un nuevo conocimiento mutuo, y así se ayudan el uno al otro a adquirir un nuevo conocimiento de sí mismos. Emerge otra dimensión de sus personas. Junto con un significado nupcial, su cuerpo tiene un *significado generador*: llevan en sí mismos la capacidad de convertirse en padre o madre.

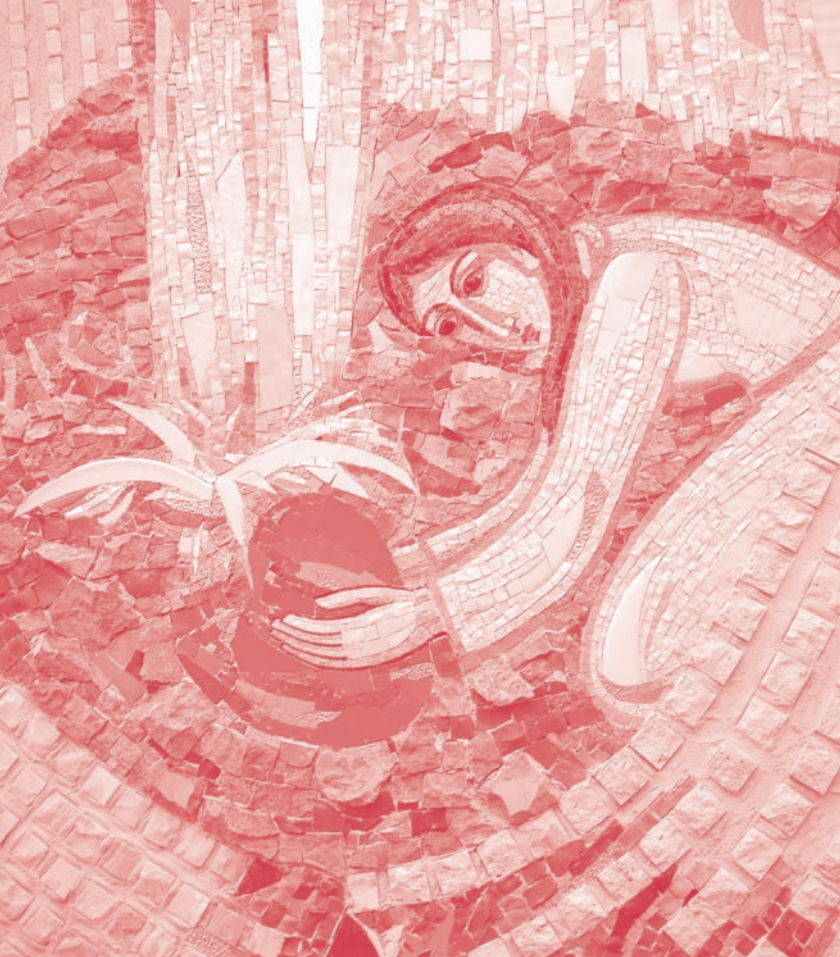
El pleno significado de la experiencia de unidad del hombre y de la mujer surge con el tiempo. En nueve meses hay un tercero que corona su amor: un hijo. La unidad originaria del hombre y de la mujer es fecunda por naturaleza, está abierta a acoger y a nutrir a otros. También de este modo refleja la generosidad del Creador y participa de ella. En su hijo los esposos tienen el testimonio visible de que viven “en la dimensión del don”.

El alegre grito de Eva al ver el superabundante fruto de su unión repite el grito de admiración al encontrar a su

esposa: “¡He procreado un varón, con la ayuda del SEÑOR!” (Génesis 4, 1). Aquí hay algo que supera absolutamente toda capacidad de los esposos para hacer o imaginar: un nuevo ser, una persona única e irrepetible, otro compañero del Absoluto. No pueden otorgarse el mérito del ser de su hijo, porque, como ellos, es creado del amor y es llamado a amar en la inviolable dignidad de la soledad originaria. Este hijo que fue “procreado... con la ayuda del SEÑOR” está hecho para la comunión con Dios.

El amor de los padres y la integridad con la que se entregan es la primera revelación para el hijo de que el Amor Absoluto se encuentra en el origen de su existencia. Con el tiempo llega a reconocer este amor como un reflejo de Dios mismo. El amor de sus padres refleja en él el Amor que lo trajo a la existencia.

En todas estas experiencias humanas fundamentales – la soledad originaria, la unidad originaria y el descubrimiento del significado generador del cuerpo – vemos que la persona humana no muestra sola la imagen de Dios ni responde sola a su “vocación fundamental e innata”.²⁶ Siempre lo hace en una comunión de personas – hijo, cónyuge o padre – que emprenden juntas un camino de amor hacia Dios.



“Crea en mí, Dios mío, un corazón puro...” (Salmo 51, 12)

Casa Editorial France Prešeren, Liubliana, Eslovenia.

Imagen cortesía del Centro Aletti.

Caída y redención

Un rechazo del amor

El Libro del Génesis narra las primeras palabras de Dios a Adán: “Puedes comer de todos los árboles...” (Génesis 2, 16). El Creador da con generosidad sin reserva. Coloca a Adán en la “dimensión del don”. También le da una orden destinada a ayudar a Adán a permanecer en esta dimensión u orden que permea el universo: “Exceptuando únicamente el árbol del conocimiento del bien y del mal. De él no deberás comer...” (Génesis 2, 17).

Estas imágenes figurativas revelan una profunda verdad. Como hemos visto, el orden de la creación es un orden de amor y el amor debe respetarse. Es necesario respetar la inconmensurable generosidad de la Palabra de Dios, que llamó al universo a existir y moldeó al hombre y a la mujer a la imagen de Dios. El amor requiere obediencia, es decir, una relación correcta con el Único que amó primero.

Mientras Adán y Eva reconozcan que su propia libertad – de hecho su existencia misma – llegó a ellos como un don del amor de Dios, vivirán en la libertad del don. Si rompen el orden del amor diciendo a Dios, “¡No te queremos!” se colocarán a sí mismos fuera de la generosidad en la que fue hecho el mundo. Porque fueron hechos para acoger y ser un don, también romperán algo muy profundo dentro de ellos:

“Porque el día que lo hagas quedarás sujeto a la muerte” (Génesis 2, 17).

“Puedes comer de *todos* los árboles”, exceptuando únicamente uno, dijo Dios. El único “árbol” del que no podían comer contenía el misterio de la libertad de Dios, y también de la libertad del hombre, porque la persona humana fue creada libre con el fin de poder entrar en comunión con Dios. Adán y Eva pueden permanecer en una relación de amorosa obediencia a Dios sabiendo que en el centro de su libertad se encuentra la libertad de Dios, que la creó y la defiende.

El tentador es sutil. Desvirtúa las palabras de Dios cuando la primera mentira encuentra la forma de entrar en la creación: “¿Así que Dios les ordenó que no comieran de *ningún* árbol del jardín...?” (Génesis 3, 1). ¿No les dio esa orden porque es un Donador y un Amante, sino para retirarles su verdadera libertad? Debe ser un mezquino si no quiere que “sean como dioses” – como lo serán si prueban este fruto por ustedes mismos (Génesis 3, 5).

Entonces la “serpiente” distorsiona la luminosa verdad de que Adán y Eva ya habían sido creados a imagen y semejanza de Dios. Dios *quería* entablar un diálogo con ellos. Los hizo “compañeros del Absoluto” y defendió su libertad al respecto. Pero porque Él es Dios y ellos no lo son, tiene que darles este don. Debe mostrarles cómo vivir a su “semejanza” y amarlos con el amor que entonces mostrarán en el mundo.

El primer hombre y la primera mujer escucharon al “maestro de la sospecha” originario.²⁷ Deseaban conocer no sólo el bien, sino también el mal, y el pecado mostró su feo rostro a la humanidad. Adán y Eva eligieron no permanecer en el orden del amor. Ya no deseaban acoger la creación,

acogerse mutuamente y acoger a Dios mismo como don puro y de este modo rompieron algo en el mundo y en ellos mismos. Desaparecieron la comunión que había llenado sus días, la gloria de Dios que los había cubierto y la armonía de la que habían gozado con el universo. La Escritura expresa esta extraordinaria pérdida con increíble sencillez: El hombre y la mujer “descubrieron que estaban desnudos” y se ocultaron (Génesis 3, 7-8).

Por primera vez enfrentan la posibilidad de mirarse uno a otro de modo egoísta, con ojos que calculan cómo se puede usar otro ser humano para el placer o el provecho. El significado de su cuerpo ya no está claro; de hecho sus cuerpos parecen rebelarse contra ellos. Se han vuelto como extraños para el mundo, entre ellos y para Dios. Juan Pablo II explicó, “a través de la ‘desnudez’, se manifiesta el hombre... alienado de ese amor que había sido la fuente del don originario, fuente de la plenitud del bien destinado a la criatura”.²⁸

La vergüenza

Esta alienación – o bien, dado lo que Dios tenía previsto para el hombre y la mujer, esta terrible Caída – se expresa con dos experiencias relacionadas: la vergüenza y el temor.

Juan Pablo II llamó “vergüenza cósmica” al primer tipo de vergüenza que el hombre y la mujer sintieron después de la Caída.²⁹ El hombre y la mujer sienten que no tienen armonía con el universo. Sus cuerpos ya no expresan claramente su persona, manifestando de manera transparente la imagen de Dios. El cuerpo también ha perdido su

armoniosa relación con el mundo físico. El trabajo es cansado, una lucha contra las fuerzas de la naturaleza que ahora amenazan su existencia. El cuerpo es humillante con su desnudez, sus impulsos desordenados y la torpeza de su expresión. La muerte acecha en el horizonte y la decadencia parece ser una humillación final que afecta no sólo al hombre y a la mujer, sino a toda la existencia.

Porque la persona humana ya no percibe de manera espontánea el mundo y el cuerpo como don, se siente tentada a ver el mundo como una colección vacía de cosas. Si bien una vez recibió al mundo como un don maravilloso del Creador para cultivarlo y cuidarlo (cf. Génesis 2, 15), ahora tiende a explotar el mundo, su propio cuerpo y a otras personas, transformándolo todo para sus propios objetivos. Ha perdido su capacidad de ver a Dios en todas las cosas y a todas las cosas en Dios. Juan Pablo II escribió, “*El hombre pierde, de algún modo, la certeza originaria de la ‘imagen de Dios’, expresada en su cuerpo. Pierde también, en cierto modo, el sentido de su derecho a participar en la percepción del mundo, de la que gozaba en el misterio de la creación*”.³⁰

Junto con este desequilibrio en la relación de la persona humana con el mundo, el hombre alberga un desequilibrio aún más profundo en su propio corazón. Esta falta de armonía es lo que Juan Pablo II llamó la “vergüenza inmanente”. “La unidad espiritual y somática [corpórea] originaria del hombre” se fractura y “su cuerpo ha dejado de sacar la fuerza del espíritu”.³¹ Cuando su cuerpo comienza a rebelarse contra su espíritu, pierde su auto control natural y el dominio de sí mismo. Está dividido.

Esta “guerra” interior tiene efectos drásticos sobre las relaciones humanas. Aunque Adán y Eva una vez fueran capaces de construir un mundo común, ahora los tienta el dominio, la violencia y el deseo de manipulación (cf. Génesis 3, 16). Le temen no sólo a Dios, a quien desobedecieron, sino que se temen mutuamente. Ahora miran la dimensión misma de la existencia humana que estaba destinada a servir a la comunión interpersonal, el cuerpo masculino y femenino, con duda: “El pudor sexual... atestigua la pérdida de la certeza originaria de que el cuerpo humano, a través de su masculinidad y feminidad... exprese la comunión de las personas, que sirva a su realización”.³² El amor entre el hombre y la mujer obviamente ya no está vinculado para ellos con el amor de Dios.

La tradición cristiana emplea un término específico para describir estas fisuras que tienen lugar entre el hombre y la mujer después de la Caída: la concupiscencia. La concupiscencia es una especie de ceguera ante la verdad de la persona humana, una distorsión del deseo que inclina a la persona hacia el pecado. Cuando el mundo ya no se entiende como un don de Dios, quien es bueno, el hombre y la mujer se inclinan a medirse a sí mismos, a otras personas y las cosas de acuerdo con un falso entendimiento. El cuerpo, que ahora “lleva consigo un constante foco de resistencia al espíritu”,³³ con demasiada frecuencia se inclina a perseguir el placer o el provecho, no el amor. En lugar de la lógica del amor, que había sido el orden originario de la creación, se impone la lógica de la dominación.

Es de hecho una “Caída” de la belleza del principio. La persona humana “sufrió un daño en lo que pertenece a la

misma naturaleza, a la humanidad en su plenitud originaria ‘de la imagen de Dios’.³⁴ A este daño la tradición lo llama “pecado original”. Aunque el pecado original causó una fractura en el hombre y en todas sus relaciones, no es el “criterio absoluto” mediante el que entendemos a la persona o la ética humana.³⁵ La palabra de Dios en la creación – “Era muy bueno” (Génesis 1, 31) – y el llamado al amor que arraigó profundamente en el hombre y la mujer es demasiado grande para ser eliminado por el pecado.

Incluso la vergüenza se abre a un significado positivo. Juan Pablo II señaló que en el mundo caído, el sentido de vergüenza del hombre y de la mujer no es solo una medida de falta de armonía; también los ayuda a proteger lo que queda de sagrado en ellos. Adán y Eva aún llevan la dignidad de los hijos de Dios. Aún son llamados a la comunión con su Creador y mutuamente, de modo que “se hicieron unos taparrabos” con el fin de protegerse a sí mismos de la mirada reductiva o concupiscente (Génesis 3, 7). Reflexionando sobre las cartas de San Pablo, Juan Pablo II explicó: “De la vergüenza nace el ‘respeto’ por el propio cuerpo, un respeto que Pablo nos pide mantener”.³⁶

El hombre y la mujer no han perdido completamente el sentimiento de su llamado originario. Están profundamente lastimados, pero no deben desesperarse. La palabra de Dios y su fidelidad son más grandes que su tragedia. Ningún pecado puede eliminar la bondad de la creación o la dignidad de la persona humana, hecha a imagen y semejanza de Dios.

La vida en la perspectiva de la redención

Desde el momento en que Adán y Eva perdieron la inocencia originaria y por tanto el Paraíso, la humanidad vivió con esperanza: Dios proclamó un día en que la “semilla” de la mujer aplastaría a la serpiente, la tentación (Génesis 3, 15). En otras palabras, desde el momento del primer “No” de la humanidad al amor de Dios, la historia humana ha vivido con la esperanza de la redención. Adán, Eva y toda su descendencia esperaban el día en que fuera restaurada su existencia en “la dimensión del don”.

El pecado original destruyó la plenitud de amor que era el primer derecho de nacimiento de nuestros padres, pero no interrumpió todo el acceso a las experiencias humanas originales. El niño pequeño aún despierta ante la maravilla de la sonrisa de su madre y sonrío a su vez; toma conciencia de sí mismo ya en una comunión de amor. Asimismo, los ojos del niño aún se llenan de admiración a medida que descubre el mundo. El hombre y la mujer que se enamoran de una forma más profunda que la del enamoramiento pasajero aún sienten que sus cuerpos llevan un llamado a la entrega completa de sí mismos.

Está claro que Adán y Eva no pudieron recuperar la espontaneidad con la que un día pudieron expresar el significado de sus cuerpos. El cuerpo perdió su transparencia originaria: La soledad originaria, la unidad originaria y el significado generador del cuerpo aún funcionan en las experiencias de las personas, pero estas dimensiones no son obvias como lo fueron al principio. Ninguno de sus mejores

esfuerzos para ser virtuosos puede curar el daño de concupiscencia.

La situación de la humanidad no era desesperada, pero solo tenía una esperanza: La redención sólo puede provenir de Dios. Durante siglos la humanidad esperó y se esforzó. Por muchos siglos el pueblo elegido de Dios, Israel, oró con esperanza, recibiendo el inicio de la comunicación que Dios hace de sí mismo a través de la Ley y de los profetas. Finalmente, cuando “se cumplió el tiempo establecido” (Gálatas 4, 4), llegó la insuperable expresión de la misericordia de Dios: “Porque Dios amó tanto al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todo el que cree en Él no muera, sino que tenga Vida eterna” (Juan 3, 16).

El Hijo encarnado de Dios retomó el significado de nuestros cuerpos y lo vivió en su vida, muerte y resurrección: “Y la Palabra se hizo carne” (Juan 1, 14). Jesucristo, en quien la divinidad y la humanidad se unieron en el vientre de la Virgen,³⁷ era su Hijo, el Novio y la imagen del Padre. En su vida, muerte y resurrección, asumió la responsabilidad de la imagen y semejanza de Dios fracturada del hombre y la hizo un todo.

El Concilio Vaticano Segundo declara: “El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre”.³⁸ En él, el cuerpo humano fue una vez más lo que Juan Pablo II llamó un “sacramento primordial”: una manifestación visible y eficiente del amor de Dios en el mundo.³⁹

El concilio también dijo que cuando el Hijo eterno se convirtió en “el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado”,⁴⁰ la naturaleza humana hizo más que simplemente volver a su estado original. El cuerpo de Cristo no es solo un “sacramento primordial” como el de Adán y Eva. Este cuerpo es *el* Sacramento del que surgen los siete sacramentos de la Iglesia: Es divinidad que “contrajo nupcias” con la humanidad, Dios lo hizo carne. Incluso ni en todo el esplendor de la inocencia originaria la humanidad pudo haber soñado con una gloria como esta: “En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual”.⁴¹

Cristo, a quien la tradición llama al nuevo o segundo Adán, se revela completamente al hombre y al hacerlo, “manifiesta el hombre al propio hombre”:⁴² Perfecciona las experiencias humanas originarias y las corona en una nueva e inimaginable forma.

Cristo cumple el significado del cuerpo

Cuando Adán y Eva ya no desean vivir en la comunión con Dios que era su “soledad originaria”, se vuelven ciegos a la Paternidad de Dios. En lugar de la relación de confianza en la que habían sido creados, vieron en Él solo a un celoso dictador cuya libertad competía con la de ellos mismos. Deseaban ser “como Dios” sin Dios, ignorando que así estaban dañando terriblemente su propia semejanza real con Dios. En resumen, dejaron de ser niños, no con una inmadurez infantil que adquirieron únicamente después de

la Caída, sino hijos maduros que reciben todo don bueno de su Padre en el cielo (cf. Mateo 7, 11).

En su predicación y oración, en su vida y en su muerte, Cristo manifestó que es el Hijo unigénito del Padre. En nuestra carne débil, perfeccionó así la dimensión de la soledad originaria, en la que todo ser humano fue creado como “compañero del Absoluto”. Los discípulos de Jesús lo escucharon orar como nunca nadie había orado antes: “Abba, Padre...” (Marcos 14, 36). Vieron su confianza mientras dormía en medio de una tormenta aterradora (Marcos 4, 38). Finalmente, uno escuchó el gran grito de rendición sin límite, el Hijo moribundo devolvió su Espíritu a su Padre: “Padre, ¡en tus manos encomiendo mi espíritu!” (Lucas 23, 46).

Adán y Eva se cerraron a Dios. Ya no querían recibir sus dones. El Hijo, por el otro lado, es tan abierto que incluso su muerte es una oración: Incluso entonces recibe todo de las manos del Padre y sabe que Él es bueno. En Jesucristo la misma vulnerabilidad del ser humano no sólo se convirtió en una expresión de comunión con Dios. También reveló la fuente de toda comunión: el inquebrantable amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu en Dios.

Más aún, al revelar la plena medida del amor de Dios por la humanidad, Cristo se muestra como el verdadero Esposo. En Israel, “el Esposo” era un título del Dios de la Alianza, que amó a su pueblo con un amor eterno (cf. Isaías 62, 5; Oseas 2, 16-20). Cuando el Hijo encarnado se entregó a la muerte por amor a la humanidad, vemos lo que Juan el Bautista señaló a sus discípulos. “El que se casa es el Esposo” (Juan 3, 29): Este título pertenece al Hijo de Dios, quien cumple la “Alianza nueva y eterna”⁴³ en su carne. El Redentor y Esposo de Israel

y de la Iglesia, restaura y perfecciona el significado nupcial del cuerpo.

Al principio esto puede sonarnos extraño. Después de todo Jesús no tomó una mujer en particular como esposa. Pero, ¿qué era su virginidad si no una apertura total, una voluntad de recibir toda la creación y a todo ser humano como un don del Padre? A diferencia de Adán y Eva, Cristo amó sin codicia. Deseaba devolver al Padre el mundo y a toda persona curados del daño causado por el pecado. Al hacerlo cumplió con el llamado originario de hombres y mujeres: No sólo recibió el mundo como un don, sino que se convirtió en un don al mundo. De hecho, se convirtió en un don total de sí mismo para la salvación de toda la humanidad.

Carl Anderson y José Granados comentan acerca de este inesperado cumplimiento de la soledad originaria y la unidad originaria en el sufriente cuerpo de Cristo, que sigue siendo “la ‘declaración’ más elocuente de estas experiencias originarias que el lenguaje del cuerpo haya pronunciado jamás”.⁴⁴ Cuando instituyó la Eucaristía la noche antes de morir, Jesús dijo, “Esto es mi Cuerpo, que será entregado por ustedes” (Lucas 22, 19): Al pronunciar esta simple oración, Cristo cumple con el lenguaje del cuerpo, porque sus palabras representan el don total de su propia carne que manifiesta el amor del Padre por el mundo”.⁴⁵

“Esto es mi Cuerpo, que será entregado por ustedes”. De alguna forma, todo el significado del cuerpo se cumple en estas palabras. El cuerpo estaba destinado a transmitir el don de la persona. Estaba destinado a ser un “lugar” de comunión que produce frutos para Dios y para el mundo. Entonces no debería sorprendernos si el don de Jesús de sí mismo nos

trae no sólo el significado filial del cuerpo (la soledad originaria) y el significado nupcial (la unidad originaria), sino también su significado generador para el cumplimiento superabundante.

Eva se regocijó con el nacimiento de un hijo, “procreé” con la ayuda del Señor. El Hijo de Dios encarnado “sella la alianza en la sangre de su cruz y ‘entrega su Espíritu’ (cf. Juan 19, 30) en la Iglesia... la amada y fecunda Esposa que engendra nuevos hijos hasta el final de los tiempos”.⁴⁶

“Bienaventurados los limpios de corazón”:

La vida en el Espíritu

Con su muerte y resurrección Cristo nos abrió el camino para convertirnos nuevamente en hijos de Dios y nos restauró la posibilidad de un verdadero amor esponsal. Podemos pensar que este cumplimiento del significado del cuerpo es maravilloso, pero, ¿cómo podemos compartirlo cuando nuestro corazón y nuestro cuerpo están aún heridos por la concupiscencia? ¿Cómo se nos puede comunicar lo que sucedió en el cuerpo de Cristo? La distancia entre nuestra pobre capacidad de amar y el amor que Cristo nos mostró parece un abismo infranqueable.

De hecho, este abismo *es* infranqueable – de no haber sido por el don que se nos dio cuando el Padre resucitó a Jesucristo de la muerte. “En tus manos encomiendo mi espíritu”, gritó Jesús moribundo a su Padre (Lucas 23, 46). Cuando el Padre lo designó “Hijo de Dios con poder según el Espíritu santificador, por su resurrección” (Romanos 1, 4), este Espíritu se derrama en toda la humanidad. El Espíritu Santo,

al que Juan Pablo II llamó “don increado”,⁴⁷ nos comunica las experiencias de Cristo y adapta nuestro corazón a su amor.

El Espíritu de Dios es el Espíritu de Amor, que restaura en nosotros la imagen rota de Dios. Como vimos, esta imagen había sido fracturada por el pecado: La persona humana está dividida en sí misma y los efectos de la concupiscencia también dividen a los hombres y las mujeres unos de otros. En cambio, el Espíritu Santo es un Espíritu de unidad que trabaja para reintegrar las dimensiones del amor: impulso sensual, emoción y la afirmación de la dignidad de la persona. Aún más, el Espíritu nos ayuda a reconocer la relación del ser amado con Dios. Abre nuestros ojos a algo que perdimos con el primer pecado: un reconocimiento de la participación de Dios en el amor humano.

Juan Pablo II habló de este proceso de reintegración centrándose en dos “frutos” del Espíritu en los hombres y las mujeres redimidos: pureza y piedad. Estos dones, o virtudes, señalan la curación de las fracturas en la persona humana y en su relación con el mundo.

A menudo tendemos a pensar en las virtudes como reglas a seguir o esfuerzos por alcanzar la perfección, pero como señaló Juan Pablo II, no es un entendimiento cristiano. Las virtudes, como la pureza y la piedad, son dones del amor de Dios que nos transforman internamente. Éstas son “no sólo - y no tanto - ‘obras’ del hombre sino un ‘fruto’, esto es, efecto de la acción del ‘Espíritu’ en el hombre”.⁴⁸ Son “efectos” del Espíritu de Amor en nosotros que nos hacen capaces de compartir de manera creativa y espontánea el amor de Dios.

La pureza, el primer “fruto del Espíritu” del que habló Juan Pablo II en el contexto de la redención del amor, es la virtud que reintegra el corazón humano, por lo que la necesidad, las emociones y los deseos en realidad están destinados al amor. Es la capacidad de recibir nuestro propio cuerpo y los cuerpos de los demás como un don de Dios en lugar de tratarlos como cosas que pueden ser manipuladas para producir placer y provecho. El Papa escribió, “Por medio de la redención, cada uno de los hombres ha recibido de Dios, nuevamente, su propio ser y su propio cuerpo”.⁴⁹ Esta nueva conciencia del don de Dios lleva consigo una nueva obligación: Debemos venerar el cuerpo humano, manteniéndonos vigilantes ante las tentaciones que lo usan o lo manipulan, para que nuestro corazón pueda entrenarse en el arte del verdadero amor.

Desde este punto de vista, la pureza no es puritanismo. Tampoco es un rasgo de debilidad. Por el contrario, se requiere valor para mantener incorruptas nuestra mente y nuestra alma con el fin de entregarnos por completo para descubrir así las profundidades del verdadero amor. Juan Pablo II explicó, “La pureza es exigencia del amor. Es la dimensión de su verdad interior de amor en el ‘corazón’ del hombre”.⁵⁰ Nos permite percibirnos a nosotros mismos y a los demás como personas, es decir, como sujetos irremplazables creados a imagen y semejanza de Dios.

Finalmente, la pureza nos permite percibir a Dios mismo, quien está presente en el amor humano. “Benditos los que tienen el corazón puro”, dijo Jesús – no solo porque se verán a sí mismos y a otras personas debidamente, sino porque “*verán a Dios*” (Mateo 5, 8). En otras palabras, la pureza es

inseparable de la piedad, que es el don del Espíritu que sirve “sensibilizando al sujeto humano para esa dignidad que es propia del cuerpo humano en virtud del misterio de la creación y de la redención”.⁵¹



“Dios, que ha creado al hombre por amor, lo ha llamado también al amor, vocación fundamental e innata de todo ser humano”. (Catecismo de la Iglesia Católica, 1604)

El matrimonio como camino para volver al Padre: San Joaquín y Santa Ana, padres de María. De la Pared de la Divinización del Hombre, Capilla Redemptoris Mater, Ciudad del Vaticano. Imagen cortesía del Centro Aletti.

Llamados al Amor

“Una entrega sincera de sí mismo”

Para resumir, en sus catequesis sobre el amor humano o la “teología del cuerpo”, Juan Pablo II deseó proporcionar un marco de referencia para pensar acerca de la persona humana, cuyo cuerpo lleva la señal de su llamado original. Toda persona está hecha a imagen y semejanza de Dios (cf. Génesis 1, 26). Dado que Jesucristo reveló que el único Dios y Creador es una comunión de Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, esto también significa que todo ser humano está hecho a imagen de esta perfecta comunión, esta fuente de todo amor. Hecho *de* Amor, el hombre es llamado *al* amor.

Juan Pablo II emprendió una profunda relectura de la narración de la creación en el Génesis para mostrar que, si bien la creación es un don y refleja la generosidad de Dios, la persona humana irradia esta generosidad de forma especial. El hombre es una persona, un sujeto espiritual y corporal, libre, que puede acoger el don de la creación de Dios. Sobre todo, puede acoger a otra persona como don y señal del amor de Dios, convirtiéndose a su vez en un don. De hecho, el llamado a acoger y a convertirse en un don con amor está escrito de manera tan profunda en la persona humana que el Papa escribió: “El hombre... *no puede ‘encontrarse plenamente a sí mismo sino en la entrega sincera de sí mismo’*. Esta es la gran y maravillosa paradoja de la existencia humana”.⁵²

El cuerpo representa un papel fundamental en este llamado a recibir y a convertirse en un don. El “cuerpo expresa... la persona”; en el cuerpo, algo espiritual, la imagen de Dios, se vuelve visible.⁵³ El cuerpo humano es una señal de que provenimos de Dios, quien nos llama a la comunión con Él mismo (soledad originaria) y mutuamente (unidad originaria). Más específicamente, la diferenciación sexual, o la existencia como hombre o como mujer, permiten a la persona humana percibir que incluso su cuerpo “lleva en sí el signo del don originario y fundamental [de Dios]”.⁵⁴ El cuerpo diferenciado sexualmente es una invitación a “una entrega sincera de sí mismo” en una unión exclusiva, fiel y fructífera que refleja la propia fidelidad y generosidad de Dios.

Como hemos visto, el pecado oscureció el llamado al amor inscrito en la persona humana. La concupiscencia llevó al hombre y a la mujer a “interpretar mal” el cuerpo, ignorando su “lenguaje” de total entrega. Pero cuando el Hijo de Dios tomó un cuerpo humano y se unió en una alianza indisoluble de amor con la Iglesia, su Esposa, el “lenguaje del cuerpo”⁵⁵ apareció en todo su poder originario.

“Esto es mi cuerpo” (Lucas 22, 19), dijo Cristo anticipando su pasión y muerte salvíficas, su resurrección por el Padre y el derramamiento del don de su Espíritu sobre “*toda carne*” (cf. Joel 2, 28). La Iglesia que recibe su carne desgarrada y su sangre derramada por nosotros, entiende: El cuerpo está destinado a ser donado. Nosotros estamos destinados a ser donados. El llamado al amor que el cuerpo humano lleva en sí mismo es finalmente un llamado a compartir en el amor

de Dios. El frágil “Sí” del hombre al amor está destinado a compartir un amor que es más fuerte que la muerte.

A la luz de la total entrega de sí mismo de Cristo, en la que entran los cristianos cuando son bautizados, vemos todo con mayor claridad: La persona humana es la única criatura en el universo visible que es llamada a entregarse de manera libre y definitiva. Su corazón nunca estará satisfecho con un semi-amor vago, temporal o puramente emotivo. Como lo comprendieron San Juan Pablo II y su amigo Jerzy Ciesielski, el hombre fue hecho para una alianza. Sin importar la forma en que esto se otorga a cada persona – incluso si fuera sólo en una muerte aceptada con amorosa rendición – fue hecho para decir “Para siempre”.

El matrimonio y la virginidad

Juan Pablo II no concluye su catequesis sobre el amor humano con sus reflexiones sobre las virtudes de la pureza y la piedad y los dones del Espíritu Santo. Por el contrario, contempla el poder de la resurrección de Cristo y la vida eterna ya en marcha en los bautizados que han sido “sumergidos en su muerte” (Romanos 6, 3).

El Papa escribió que la resurrección de Jesucristo de entre los muertos en el poder del Espíritu es, “no sólo una manifestación de la vida que vence a la muerte – como un retorno final al Árbol de la Vida”. Y más adelante señala: es “una revelación del destino del hombre”.⁵⁶ El hombre fue hecho para la comunión con Dios en “un amor de tal profundidad y fuerza de concentración” que “absorberá completamente toda su subjetividad psicosomática” en el

cielo.⁵⁷ Fue hecho para compartir este “para siempre” final del amor.

Pero para los bautizados que recibieron el don del Espíritu, este futuro “para siempre” divino, también está ahora en marcha. El amor de Dios revelado en Jesús los transforma e informa su vida, dándole forma de acuerdo con la alianza de Dios. Este hecho de dar forma a la vida humana de acuerdo con el amor de Dios se vuelve más concreto y visible en lo que la tradición llama los dos “estados de vida”: matrimonio y virginidad consagrada. En estos caminos profundamente interrelacionados, un hombre o una mujer participa en la “entrega sincera de sí mismo” de Cristo ⁵⁸, de tal forma que el compartir se convierte en la forma integral de la vida de esa persona.

Cuando Jesucristo sanó y cumplió el significado del cuerpo en su encarnación, restaurando toda la imagen y semejanza de Dios, también coronó el amor fiel y fecundo entre el hombre y la mujer. Porque Cristo “amó a la Iglesia y se entregó por ella... porque quiso para sí una Iglesia resplandeciente” (Efesios 5, 25-27), el matrimonio de los bautizados es más que una señal de la bondad de Dios. El matrimonio, el “sacramento primordial”, se convirtió en uno de los siete sacramentos, una verdadera forma de compartir en la total entrega de Cristo mismo.

El matrimonio cristiano no sólo es llamado a *imitar* la alianza exclusiva, fecunda e indisolublemente fiel de Cristo con la Iglesia como Esposa; realmente *participa* en esta alianza. A pesar de la necesidad de conversión continua de los esposos, todas las alegrías, adversidades e incluso tragedias del matrimonio cristiano se encuentran “dentro”

de la verdadera alianza del matrimonio entre Cristo y la humanidad redimida, que fue sellada en la cruz.

Todas las enseñanzas de la Iglesia sobre el matrimonio surgen de la “redención del cuerpo”⁵⁹ que se cumplió en la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Su amor es exclusivo, expresa su compromiso indiviso con la Iglesia, su Esposa. Su amor es fielmente indisoluble y sostiene nuestros amores humanos vacilantes. Su amor es fecundo o generador, respeta el “lenguaje” del cuerpo de la total entrega en todas sus dimensiones.⁶⁰ Finalmente, su amor es la plenitud de la comunión entre personas, porque a través del mismo nos revela la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en Dios. Desde la total entrega de Cristo por la Iglesia, el amor humano tiene en su seno un huésped divino: Dios mismo.

Durante décadas innumerables hombres y mujeres han sido llamados a un camino íntimamente relacionado con el matrimonio cristiano: la virginidad consagrada, o la virginidad “para el reino”. Es un matrimonio que merece la pena porque el amor de un hombre y una mujer bautizados participa en la alianza indestructible de amor que Dios hizo con el hombre en Jesucristo. Y también merece la pena *no* contraer matrimonio – si Dios nos ha llamado a este camino – con el fin de señalar con toda nuestra vida al Amor divino que mora en todo matrimonio. Aquellos cuya vocación es seguir a Jesús el Único pobre, casto y obediente, viven literalmente lo que todos los cristianos son llamados a vivir en espíritu. Se convierten en recordatorios vivientes del Dios que nos amó primero y que primero nos llamó al amor.

La virginidad consagrada no es un camino fácil, pero es un camino de alegría. Al referirse a la vida consagrada, Juan Pablo II escribió que “a través de la seriedad y profundidad de la decisión, a través de la severidad y responsabilidad que comporta, se transparenta y se trasluce el amor: *el amor como disponibilidad del don exclusivo de sí por el ‘reino de Dios’*”⁶¹

Este testimonio permanente de la primacía de Dios, que debe ser amado con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas (Deuteronomio 6, 4; Marcos 12, 30), no ignora el significado filial, conyugal y generador del cuerpo. Por el contrario, vive estos significados de una forma sorprendente que anticipa su cumplimiento final en el cielo. Como lo vemos en santos como Juan Pablo II mismo, o la Madre Teresa, esta “entrega exclusiva de sí mismo” a Dios y a través de Él, a nuestros hermanos o hermanas, es todo menos estéril; es una fuente de extraordinaria fecundidad para la Iglesia y para el mundo.

[Para un análisis más profundo acerca del matrimonio y la vida consagrada, invitamos al lector a consultar los siguientes folletos de la Serie de la Nueva Evangelización del SIC #407: A imagen del amor: El matrimonio, la familia y la nueva evangelización; y #408: Siguiendo al amor, pobre, casto y obediente: La vida consagrada].

¡Vayan y Vivanlo!

Con esta exploración del llamado fundamental de todo ser humano a “encontrar su propia plenitud... mediante la entrega sincera de sí mismo”⁶² y las vocaciones interrelacionadas al matrimonio y la virginidad consagrada,

ahora debe quedar claro que la catequesis de Juan Pablo II sobre el amor humano, o la “teología del cuerpo”, no es una doctrina abstracta. Por el contrario, la teología del cuerpo está destinada a convertirse en carne en la vida de hombres y mujeres. Como lo aprendió el Padre Karol Wojtyła en la época que pasó con sus jóvenes amigos en Polonia, toda verdadera educación en el amor está destinada a vivirse.

El rico desarrollo que hace Juan Pablo II de las enseñanzas de la Iglesia sobre la persona humana y sobre el amor humano es profundamente relevante no sólo para los católicos, sino para todo hombre y mujer en el mundo, porque no existe ser humano que no haya sido hecho de amor y para el amor. En el fondo de ellos mismos, todos los hombres y mujeres llevan en ellos el llamado a amar, incluso si dicho llamado se ve frustrado o herido por la ruptura de su entorno. Todo ser humano está hecho para florecer en una comunión de personas, construir a través de relaciones humanas – y especialmente a través de las familias – una “civilización del amor”.⁶³

Es obvio que el mundo en el que vivimos no siempre refleja una civilización así. No vivimos sólo en lo que el profeta Amós llamó un “hambre para escuchar la palabra del Señor” (Amós 8, 11), sino también en un hambre relacionada: un hambre de verdaderas relaciones humanas, de matrimonios saludables y de familias que son la base de una cultura digna del ser humano. En otras palabras, nuestro mundo está hambriento de la visión del amor humano que San Juan Pablo II recibió de la tradición de la Iglesia y de sus jóvenes amigos, misma que después dio al mundo. Este mundo, en su ruptura, necesita del *testimonio de la verdad del amor*.

Las familias representan un papel vital e irremplazable en este testimonio. Como afirmó repetidas veces Juan Pablo II, la familia constituye la célula fundamental de la sociedad y es el centro de la construcción de una civilización del amor.⁶⁴ Las familias que buscan realmente ser escuelas de amor, donde los esposos, los padres y los niños aprendan a perdonar y a crecer en su apreciación de la dignidad de toda persona humana, son fuentes de fuerza no solo para los miembros de la familia, sino para amigos, vecinos y extraños. Ayudan a dar forma a su esfera social, cultural y política de tal modo que ésta se vuelva más un “hogar” para la persona humana.

Las personas consagradas que se entregan totalmente a Dios y por medio de Él a sus hermanos y hermanas, ofrecen un testimonio singular de la verdad del amor. Esto es un hecho incluso si a veces su vida está completamente oculta. Las religiosas contemplativas y activas, así como las personas laicas consagradas que llevan la fecundidad del amor virginal de Cristo a cada dimensión de la vida humana, todas van en dirección del Amor divino que se encuentra en la fuente de toda cultura realmente humana.

Las personas solteras que no han encontrado su camino hacia un compromiso definitivo y los jóvenes tienen un papel importante en la construcción de una civilización del amor. Son llamados a vivir su voto bautismal en sus diversas situaciones trabajando con el generoso amor de Cristo. Con frecuencia deben cargar con amor y paciencia sufrimientos particulares: Es precisamente este amor el que da frutos para el mundo.

El mismo Juan Pablo II nos lo mostró con una claridad incuestionable: Su gran obra no fue escribir la catequesis que conforma su teología del amor humano. Fue el testimonio que él, como cristiano, dio con su vida. En su vida, en sus enseñanzas, e incluso en su forma de morir, San Juan Pablo II fue lo que cada uno de nosotros somos llamados a ser: una “teología del cuerpo” viviente, un testimonio de la verdad del amor.

Fuentes

- 1 Karol Wojtyła, El taller del orfebre, Traducción del polaco por Anna Rodon Klemensiewicz, Biblioteca de autores cristianos, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1979.
- 2 Juan Pablo II, Cruzando el umbral de la esperanza, Ed. Plaza & Janes, Barcelona, 1995.
- 3 Karol Wojtyła, “Recordando a Jerzy Ciesielski”.
- 4 Cf. Juan Pablo II, *Varón y mujer los creó: Teología del Cuerpo* (Libros Palabra, Madrid, 2003) (=TDC), 3; también 8:2. Las citas de este texto harán referencia al número de audiencia seguida del número de párrafo.
- 5 TDC, 13:2-3.
- 6 TDC, 13:3
- 7 TDC, 13:2
- 8 Carl Anderson y José Granados, *Llamados al amor. Teología del cuerpo en Juan Pablo II*, Ed. Monte Carmelo, 2012.
- 9 TDC, 13:4.
- 10 Carl Anderson y José Granados, *Llamados al amor*.
- 11 TDC, 7:2.
- 12 TDC, 6:2.
- 13 *Ibid.*
- 14 TDC, 5:7.
- 15 San Agustín, *Confesiones*, I. 1.
- 16 *Catecismo de la Iglesia Católica* (=CIC), 1604.
- 17 TDC, 8:1.
- 18 TDC, 8.
- 19 TDC, 16:3.
- 20 cf. TDC, 15:3

- 21 TDC, 12:5.
- 22 TDC, 12:4.
- 23 TDC, 15:3.
- 24 Concilio Vaticano Segundo, Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et Spes*, 24; citado en Juan Pablo II, *Carta a las Familias*, 11.
- 25 TDC, 16:2.
- 26 CIC, 1604.
- 27 Cf. TDC, 46:1, donde Juan Pablo II cita al filósofo francés Paul Ricoeur.
- 28 TDC, 27:2.
- 29 TDC, 27:4.
- 30 *Ibid.*
- 31 TDC, 28:2.
- 32 TDC, 28:3.
- 33 TDC, 28:3.
- 34 TDC, 27:2.
- 35 TDC, 46:3.
- 36 TDC, 55:6.
- 37 Cg. San Agustín, Homilía octava sobre el Evangelio de Juan.
- 38 Concilio Vaticano Segundo, *Gadium et Spes*, 22.
- 39 TDC, 19:4.
- 40 Concilio Vaticano Segundo, *Gadium et Spes*, 22.
- 41 *Ibid*
- 42 *Ibid*
- 43 El Canon Romano de las Misas, Oración Eucarística I.
- 44 Carl Anderson y José Granados, *Llamados al amor*, 140.

Fuentes (continuación)

- 45 *Ibid.*
- 46 Juan Pablo II, Discurso a los Miembros del Movimiento Equipos de Nuestra Señora (23 de septiembre de 1982), 1.
- 47 Juan Pablo II, Carta Encíclica *Dominum et Vivificatem* (Sobre el Espíritu Santo en la vida de la Iglesia y del mundo), 10.
- 48 TDC, 51:6.
- 49 TDC, 56:4.
- 50 TDC, 49:7.
- 51 TDC, 57:2.
- 52 Juan Pablo II, Carta a las Familias, 11; citando a Concilio Vaticano Segundo. *Gaudium et Spes*, 24.
- 53 TDC, 14:4.
- 54 TDC, 13:4.
- 55 Cf. TDC, 103-107.
- 56 TDC, 71:1.
- 57 TDC, 68:3.
- 58 Concilio Vaticano Segundo, *Gaudium et Spes*, 24.
- 59 TDC, 49.
- 60 Cf. TDC, 106... donde Juan Pablo II aborda cómo, a diferencia de los métodos de conocimiento de la fertilidad, el acto de contracepción falsea o mal interpreta el “lenguaje del cuerpo”.
- 61 TDC, 79:8.
- 62 Concilio Vaticano Segundo, *Gaudium et Spes*, 24.
- 63 Juan Pablo II, Carta a las Familias, 13, citando a Pablo VI.
- 64 *Ibid.*: “La familia es el centro y el corazón de la civilización del amor”.

Acerca de los autores

Katrina F. Ten Eyck obtuvo una Maestría en Estudios Teológicos en el Instituto Pontificio Juan Pablo II de Estudios sobre el Matrimonio y la Familia en Washington, D.C. Tiene un interés particular en las relaciones entre los consejos evangélicos y la orden secular. La Sra. Ten Eyck actualmente vive con su esposo y sus cuatro hijas cerca de Zurich, Suiza.

Michelle K. Borrás, Doctora en Filosofía es Directora del Servicio de Información Católica. Obtuvo la Licenciatura en Literatura Inglesa de la Universidad de Harvard; un Doctorado en Teología por el Pontificio Instituto Juan Pablo II de Estudios sobre el Matrimonio y la Familia en Roma y un Doctorado en Teología por la sede del Instituto en Washington, D.C., con una disertación sobre la Interpretación del origen del Misterio Pascual. La Dra. Borrás enseñó en el Instituto Juan Pablo II en Washington como profesora adjunta durante el año académico 2010-2011 y ha dictado seminarios de literatura católica, la interpretación patristica de las Escrituras y la teología de Hans Urs Von Balthasar en el internado de las Hermanas Misioneras de St. Charles Borromeo en Roma. Además de traducir extensamente, la Dra. Borrás ha publicado artículos acerca de literatura y teología católica.

Acerca del Servicio de Información Católica

Desde su fundación, los Caballeros de Colón han participado en la evangelización. En 1948, los Caballeros pusieron en marcha el Servicio de Información Católica (SIC) con el fin de proporcionar publicaciones católicas de bajo costo para el público en general así como para parroquias, escuelas, casas de retiro, instalaciones militares, centros penitenciarios, legislaturas, la comunidad médica y cualquier persona que las solicite. Durante más de 60 años el SIC ha impreso y distribuido millones de folletos y miles de personas se han inscrito en nuestros cursos de catequesis.

El “Servicio de Información Católica” es una marca registrada de Caballeros de Colón.

Serie de la Nueva Evangelización

1 ¿Qué es la Nueva Evangelización?

PARTE I “PORQUE TANTO AMÓ DIOS AL MUNDO”

- 2 “Creo en ti”: La cuestión de Dios en el mundo moderno
- 3 Los Misterios de la vida de Jesús
- 4 Un Dios que es tres veces amor
- 5 “¡Hemos venido a adorarlo!”: Una introducción a la oración en la Escuela de Benedicto XVI

PARTE II “LLAMADOS A AMAR...”

- 6 Llamados a amar: La teología del amor humano de Juan Pablo II
- 7 A imagen del amor: El matrimonio, la familia y la nueva evangelización
- 8 Siguiendo al amor, pobre, casto y obediente: La vida consagrada

PARTE III ... EN LA IGLESIA, LA ESPOSA DEL CORDERO

- 9 “Que se haga en mí”: María, el origen de la Iglesia
- 10 Con el corazón del Esposo: El Sacerdocio Ministerial
- 11 La transfiguración del mundo: Los Sacramentos
- 12 Luz y silencio: Un diario eucarístico

PARTE IV “AMANDO EN OBRA Y EN VERDAD”

- 13 ¿Para qué sirve la libertad?
- 14 Justicia: Sobre la dignidad del trabajo
- 15 Justicia: El Evangelio de la Vida

PARTE V “NOS AMÓ HASTA EL FIN”

- 16 La dignidad de la persona que sufre
- 17 “Estuve muerto, pero ahora vivo...”: Muerte y Vida Eterna

APÉNDICES: HERRAMIENTAS PARA LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

- A La belleza de la santidad: El Arte Sacro y la Nueva Evangelización
- B La tecnología y la Nueva Evangelización: Criterios para reflexionar

“Aprendí a amar el amor humano.”

— San Juan Pablo II

SERVICIO DE INFORMACIÓN CATÓLICA

Esta introducción a las catequesis de San Juan Pablo II sobre el amor humano, o la “teología del cuerpo”, guía al lector a través de la innovadora enseñanza sobre el matrimonio, la familia y la sexualidad en el contexto de la vocación de amor de la persona humana. Creado a la imagen de Dios, todo hombre y mujer es llamado a entregarse completamente. Todos somos llamados a compartir la tarea de construir una civilización del Amor.



Servicio de Información Católica®

Consejo Supremo de Caballeros de Colón

PO Box 1971
New Haven, CT 06521
cis@kofc.org

203 752 4267
800 735 4605 (fax)
www.kofc.org/sic